

Prólogo

El hombre más peligroso del mundo

La vida es una comedia para los que piensan y una tragedia para los que sienten. Es por esto por lo que el espectáculo de la presidencia de George W. Bush hace que quieras reír y llorar al mismo tiempo.

Las razones que nos ha dado para llorar este presidente no electo son tan innumerables como las arenas del desierto iraquí. Ha hecho más para poner en peligro a Estados Unidos que Osama bin Laden y Sadam Husein. Él solo ha desestabilizado un incipiente y frágil orden mundial, ha envenenado alianzas y roto tratados. Ha convencido a sus enemigos de que lo mejor que podían hacer era conseguir armas nucleares, y cuanto antes mejor. Ha convertido a Estados Unidos en el enemigo mundial de la ley y el orden. Mientras George W. Bush habita la Casa Blanca, ningún enemigo de los derechos humanos ni del medio ambiente ni de la capacidad de enfrentarse con realismo y sensatez a los problemas que plantea la vida sobre este planeta está desamparado.

George Bush ha destruido la creencia en la bondad y la sabiduría estadounidenses alimentada por cientos de millones de personas. Gratuitamente, con esa sonrisilla de suficiencia marca de la casa, ha convertido un mundo amistoso en hostil. Los países y personas que otrora veían a Estados Unidos como un protector mundial ahora lo ven como la principal amenaza mundial a los valores humanos civilizados.

Valiosos e importantes aliados sienten un absoluto desprecio por el presidente de Estados Unidos, el mismo que sienten rusos y chinos. Todos los países de África se han opuesto de manera explícita a la invasión de Irak; todos los vecinos de Irak —Kuwait, Arabia Saudí, Jordania, Siria, Turquía, Irán— advirtieron de los catastróficos resultados. Pero George W. Bush, un mediocre estudiante de Yale y Harvard, desprecia la sabiduría. O estás con nosotros o en contra, proclama. Los hechos no importan.

Millares de personas han muerto gracias a la insensatez de George W. Bush. Muchas más perecerán. Más lamentables si cabe son las muertes propias provocadas por la calculada adulación y debilidad de carácter de algunos líderes hacia George W. Bush. Si, por ejemplo, José María Aznar hubiera actuado siguiendo el interés nacional de España ¿cuántas personas podrían seguir vivas hoy y cuánto más respetada sería hoy España en el Mundo? En cambio, este político español optó por ser el Sancho Panza de George W. Bush. Los líderes como Aznar olvidaron que su primer deber tiene que ver con la voluntad de su pueblo, no con los caprichos de un líder extranjero. Al no hacerlo, con su insensato error de cálculo trajeron la desgracia sobre los suyos.

Los líderes más sabios, como Nelson Mandela, fueron más astutos. Tal y como señaló Mandela incluso antes de la invasión de Irak, «el presidente de Estados Unidos no sabe lo que es pensar. Su actitud es una amenaza para la paz mundial.»

En un mundo en el que la tecnología de la muerte está a un clic de ratón, puede que el odio que Bush ha sembrado en innumerables corazones desconocidos sea, antes o después, lo que más daño provoque. Ahora mismo, en muchos lugares —y es razonable suponer que incluso dentro de Estados Unidos— infinidad de chicos inteligentes están, furiosos, haciendo acopio de información en Internet sobre la fisión nuclear y la guerra biológica. En el mundo que conocen, George W. Bush, y no algún terrorista de tez morena, personifica la maldad. Mientras tanto, la gente inteligente se pregunta en todas partes: ¿cómo pueden aguantar los estadounidenses a este hombre tan extraño? Y, para empezar, ¿cómo dejaron que se hiciera con la presidencia?

Cuando Bush tomó posesión del cargo, el mundo era peligroso. Con él, el mundo es mucho más peligroso. Su imprudencia desata el peligro; y su torpe incompetencia lo multiplica. Es un presidente que puede invadir Afganistán; pero, tres años después, sigue sin poder traer a Osama bin Laden, vivo o muerto. El poder de Estados Unidos ha estado en manos de un presidente que invade Irak para librar al mundo de Sadam Husein y de las armas de destrucción masiva, y luego tarda ocho meses en encontrar a Sadam, nunca descubre las armas de destrucción masiva y considera la trampa mortal que ha creado allí para los miembros de la Guardia Nacional estadounidense como una especie de victoria.

Una altiva y obstinada ignorancia cierra el círculo de incompetencia, degeneración ética e imprudencia temeraria. ¿Por qué los agentes de los servicios de «inteligencia» —con sus miles de analistas y presupuestos multimillonarios secretos— fracasaron de forma tan estrepitosa en prever los ataques del 11 de septiembre de 2001? ¿Cómo es que la Administración Bush no previó la catástrofe que se avecinaba en Irak cuando se zambulló tan ciegamente en la guerra? Hans Blix, el astuto y filosófico jefe de los inspectores de la ONU, comentó después que, antes de invadir Irak, la Administración Bush tenía «la certeza absoluta de que Irak poseía armas de destrucción masiva y ni las más remota idea de dónde estaban las mismas.»

Así es George W. Bush: certeza absoluta y ningún conocimiento. Es el presidente que no sabe, que le da igual y que no se preocupa por saber. Esta es la razón de que, incluso ahora, Bush y su pandilla no se pregunten jamás: ¿podría ser que los demás se opusieran a nosotros no porque sean malvados, sino porque estamos equivocados?

Sin embargo, y pese a ser una verdadera vergüenza, cuando uno se para a pensar en ello, hay algo profundamente cómico en la actuación de George W. Bush. ¿Qué no le ve la gracia por ninguna parte? Eso es por dejarse llevar por los sentimientos, y no pensar. Suprimamos nuestras emociones por un instante y dejemos que el intelecto, y sólo el intelecto, estreche entre sus brazos lo que dijo Bush el 1 de mayo de 2003, en el curso de una compare-

cencia política tan espléndidamente coreografiada como un vídeo de Michael Jackson. Durante su estancia, a expensas del contribuyente, en el portaaviones *USS Abraham Lincoln*, desde la cubierta, George W. Bush proclamó: «Estados Unidos y sus aliados nos hemos impuesto en la batalla de Irak.»

En el mismo discurso, escrito por la Casa Blanca como triunfal apertura de su campaña para las elecciones presidenciales de 2004, Bush también declaró que «las grandes operaciones de combate en Irak han terminado.» Al menos, en eso tenía razón. Dos meses después de que Bush hubiera desafiado al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, a la opinión pública mundial y a la realidad invadiendo Irak, las «grandes operaciones de combate» por supuesto que habían terminado. La fase de goteo de estadounidenses muertos —de patrulla por Bagdad, al volante de los Humvee en el medio rural iraquí— había empezado. La guerra de Irak de videojuego de George Bush había dado paso a la guerra en la que los jóvenes de ambos sexos de la Norteamérica sencilla —con la secundaria concluida la mayoría, pertenecientes, en notable desproporción, a la clase trabajadora negra y latina— eran aporreados en la cabeza, se les disparaba por la espalda y se les dejaba desangrar hasta morir por sus atacantes iraquíes, que, además de jóvenes varones violentos, incluían mujeres; y, en un caso documentando, una niña de doce años.

George W. Bush es el presidente que, mientras ocurre todo esto, permanece tras un estandarte que proclama: MISIÓN CUMPLIDA y anuncia que «Irak es libre». ¿Por qué, entonces, son aniquilados tantos estadounidenses en lo que Bush describe como el «Irak liberado»? «Décadas de mentiras e intimidación no podían hacer que el pueblo iraquí amara a sus opresores y deseara su propia esclavización», proclamó Bush en el portaaviones. Sin embargo, cuando la ocupación estadounidense empezó a encontrar resistencia, dio una explicación diferente. Los «malvados agentes del terror» estaban «haciendo la guerra en la democrática Irak». ¿No se suponía que su invasión tenía que poner fin a todo eso?

George W. Bush y su secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, estaban obsesionados con atacar Irak desde el mismo mo-

mento que tomaron posesión de sus cargos. ¿Pero cuántos soldados serían necesarios para garantizar que el ataque a Irak tuviera realmente éxito?

Se necesitaría «algo del orden de varios cientos de miles» de soldados de infantería para derrotar a Sadam y, luego, asegurar al país, señaló el antiguo jefe del Estado Mayor del Ejército estadounidense, el general Eric Shinseki. Los acontecimientos de Irak no tardarían en demostrar que esta cifra era correcta. Sin embargo, Rumsfeld —que jamás combatió en una guerra ni patrulló a pie por una ciudad hostil ni pasó ninguna noche en una trinchera— ya había decidido que sabía más que los profesionales. Tan sólo 140.000 soldados, informó a la junta de jefes del Alto Estado Mayor, era el número mágico suficiente para imponer la tranquilidad democrática en Irak y sacar a la luz, al mismo tiempo, a Sadam Husein y a sus armas de destrucción masiva, para exhibirlas a continuación en el desfile de la victoria de la Administración Bush. Mientras los militares que de verdad habían experimentado la realidad de la guerra intentaban mantener el gesto imperturbable, Rumsfeld hizo una nueva predicción aun más delirantemente desafiante con la realidad. Para las Navidades de 2003, anunció, el triunfo de la Administración Bush sobre el mal en Irak sería tan absoluto que la fuerza de ocupación estadounidense quedaría reducida a unos simples 30.000 hombres y mujeres.

Sobre el terreno, los acontecimientos demostraron que, en todo caso, la estimación del general Shinseki sobre el volumen de fuerzas necesario en Irak se había quedado corta. Tal vez ni siquiera medio millón de soldados hubieran podido pacificar Irak. El número de soldados no fue el único error de cálculo de Rumsfeld. Cuando llegó el momento de contar los dólares necesarios para invadir Irak, también le fallaron sus poderes de clarividencia. Rumsfeld y los demás funcionarios de Bush consideraron los costes de la ocupación de Irak como algo secundario, así que se habló de que tan sólo 1.000 millones mensuales serían suficientes para levantar y poner en funcionamiento al «Irak libre»; en cuanto las tropas estadounidenses llegaron a Bagdad, la cantidad para los titulares de los informativos de Bush y Rumsfeld bordeaba los

2.000 millones de dólares mensuales. Como se pudo comprobar, ni siquiera esta gran suma se acercaba a lo necesario para aguantar en Irak, por no hablar de acabar con el caos y la matanza de estadounidenses allí. En un interrogatorio del Congreso, Rumsfeld se vio obligado a admitir que, en realidad, los gastos «aproximados» de Estados Unidos en Irak rondaban los 4.000 millones de dólares mensuales. O lo que es lo mismo, casi 50.000 millones de dólares anuales para mantener una presencia militar estadounidense que no había reportado ninguna paz a los iraquíes ni éxito alguno a Estados Unidos. ¿Cuánto costaría en realidad ganar la guerra de guerrillas que George W. Bush había empezado en Irak? ¿10.000 millones de dólares mensuales? ¿20.000 millones? ¿Y cuántos estadounidenses más tendrían que morir? Mientras el peaje de muertes de estadounidenses iba en aumento, el coste para el contribuyente de Estados Unidos seguía disparándose. 87.000 millones de dólares: esta resultó ser la cifra —provisional y sólo para el primer año siguiente a la invasión— que finalmente se sacó de la chistera George W. Bush.

Otro pequeño detalle vino a sumarse a la lista de imprevisiones. ¿Y todo aquel petróleo iraquí que se suponía tenía que pagar la reconstrucción del país (y hacer multimillonarias a las empresas constructoras estadounidenses, inclusión hecha de la Halliburton Corporation del vicepresidente Cheney)? No fluía. Al secretario de Defensa Rumsfeld, como siempre, la realidad le inquietaba tan poco como a su jefe. En cuanto las fuerzas del libre mercado se hicieran con el control, predijo, todos los males iraquíes —incluidos los asesinatos de estadounidenses— desaparecerían.

Aunque no hay hemorragia de sangre o de dinero en la zona de guerra que conmueva la serenidad virtualmente autística de Rumsfeld, incluso una breve escala en la «vieja Europa» puede ponerlo nervioso, tal y como quedó demostrado en una de sus visitas a la pulcra monarquía constitucional de Bélgica. Para Rumsfeld, los terribles problemas de Mesopotamia devinieron en simples bagatelas ante el espantoso descubrimiento de que aquella diminuta Bélgica fuera tan impertinente como para juzgar a los criminales de guerra extranjeros en sus tribunales. Indignado por que los ge-

nocidas, además de los dictadores que hubieran torturado a sus propios pueblos, por no hablar de los autores de guerras de agresión ilegales y no provocadas, pudieran, en determinadas circunstancias, estar sujetos a la jurisdicción de la justicia belga, el secretario de Defensa presentó a sus aliados belgas un ultimátum: enviad al diablo vuestras leyes contra los crímenes de guerra u olvidaros de ver un solo dólar americano para el nuevo cuartel general de la OTAN en Bruselas. Por desgracia para Rumsfeld, su amenaza de desatar la diplomacia del dinero no tuvo tanto peso como el que tuviera otrora... algo así como un veinte por ciento menos. Este era el valor que el una vez todopoderoso dólar estadounidense había perdido en Europa desde que la Administración Bush empezara a ahuyentar a los turistas y a las inversiones extranjeras en Estados Unidos con sus insultos de «con nosotros o en contra».

Cuando Rumsfeld se permitía su perorata antibelga, sólo había dos cuestiones de importancia para un secretario de Defensa estadounidense, y para cualquier ciudadano de ese país: cómo se había metido Estados Unidos en ese lío y cómo iba a salir de él. Pero en lugar de escuchar a los aliados de Estados Unidos, Rumsfeld despotricaba contra los esfuerzos que pretendían evitar los crímenes de guerra, y tenía motivos para ello. En Irak estaban sucediendo cosas terribles cuya última responsabilidad recaía sobre el propio Rumsfeld.

Si las autoridades estadounidenses se hubieran sentado con sus cautivos en Irak y en Guantánamo y les hubieran preguntado «¿Y ahora que hacemos? ¿Alguna idea?», los prisioneros probablemente les habrían proporcionado a sus interrogadores consejos de utilidad. Por el contrario, y con la aprobación de Rumsfeld, las tropas estadounidenses despojaban de sus ropas a los cautivos y, con la ayuda de perros, los humillaban sexualmente. Abu Ghraib nos da la medida de la moral de George W. Bush. También define los valores éticos de aquellos a quien Bush ha colocado en el poder, desde el verbalmente disléxico Donald Rumsfeld hasta la consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, cuyas capacidades analíticas también desatan desconcierto e hilaridad en sus viajes internacionales.

Mientras viaja a lo largo y ancho de este mundo, Condoleezza Rice, la asesora de Seguridad Nacional de Bush, suscita no obstante una clase de irrisión distinta a la de Rumsfeld; la carcajada y la risa burlona contenida que se produce cuando una inteligencia de tercera, irremediabilmente convencional, pretende explicar importantes complejidades mundiales a un auditorio integrado por personas más inteligentes, más experimentadas y mucho mejor informadas que ella. Tales situaciones nunca son agradables. El desasosiego alcanza el nivel de bochorno cuando la oradora es una representante del presidente de Estados Unidos e ignora que está haciendo el ridículo.

Tal fue la inquietante situación que se produjo en el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres cuando, poco después de que Rumsfeld se soltara con los belgas, Condoleezza Rice pronunció a los europeos su último discurso sobre como deberían comportarse. En su papel voluntariamente asumido de mamporrera de la alianza occidental, Rice había acusado con anterioridad a los europeos de ser culpables de «contemporización», esto es, de ser el mismo tipo de gente que aprobó la agresividad de Hitler y disculpó los crímenes de los nazis; y, todo, porque disentían de la política de Estados Unidos. En su monólogo, Rice sermonó a la élite de la política exterior británica sobre los peligros de otra gran amenaza para la seguridad mundial, acerca de la cual, en este caso también, según le parecía, sus anfitriones se mostraban insuficientemente alertas. Esta última amenaza tan evidente para Condoleezza Rice pero, misteriosamente, invisible hasta ese momento para la gente, por lo demás inteligente, del otro lado del Atlántico, no era Sadam. No lo era el hambre, el calentamiento del globo o ni siquiera el combativo islam. Esta vez la amenaza era lo que Rice denominó «multipolaridad».

Durante su exposición Rice comparó las trampas y maldades de la «multipolaridad» —de la que hizo abjurar a su auditorio como si de la peste se tratara— con las bondades y beneficios del «multilateralismo». En su larga y tediosa exégesis, Rice no definió jamás de manera explícita dichos términos, aunque cuando se llegó al turno de preguntas, el significado de los mismos ya estaba

claro. La «multipolaridad» era mala porque era un término que les gustaba a los europeos y, por lo tanto, violaba la «Segunda Norma» del manual de instrucciones para la nueva Europa de Bush: «Desbarata siempre cualquier sugerencia de los aliados». Por el contrario, el «multilateralismo» resultaba tremendamente deseable porque, tal y como Rice utilizó el término, consistía en obedecer la «Primera Norma» de la Administración Bush: «Haz exactamente lo que te digamos que hagas, cuando te lo digamos y sea lo que fuere».

«La multipolaridad», advirtió Rice a su distinguido auditorio a modo de conclusión, «nos llevaría de vuelta al Concierto de Europa.» Si hubiera sido un miembro del Parlamento, y se hubiera encontrado en la Cámara de los Comunes, el sermoncillo de Rice habría sido despedido con abucheos. De haber sido una doctoranda de Oxford o Cambridge que defendiera su tesis, los examinadores la habrían desollado viva. Pero dado que Condoleezza Rice era una asesora del presidente de Estados Unidos, reinó el silencio. Al final, un miembro del auditorio le preguntó si pensaba que «el seis por ciento de la población mundial», esto es, los estadounidenses, debería ser siempre el que decidiera lo que convenía al «restante noventa y cuatro por ciento.»

«Queremos el multilateralismo», reiteró la principal confidente sobre la guerra y la paz de George W. Bush, «pero ha de ser un multilateralismo que genere soluciones, no retrasos ni inactividad.» Para todos los presentes excepto para la oradora resultaba ya tristemente evidente que la guerra de Irak no era una «solución». Incluso los taxistas londinenses que pasaban en ese momento por el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos comprendían lo que a Rice no se le ocurría: que lejos de proporcionar una solución, la invasión de Irak había generado un nuevo y enorme problema internacional que, a partir de ese momento, iba a atormentar a Oriente Próximo, los Estados Unidos y el resto del mundo durante los años, cuando no las décadas, venideros. Al igual que Rumsfeld, Rice no se limitó a permanecer ajena a esta nueva e inquietante realidad; seguía considerando la falta de apoyo de los demás al ataque de Estados Unidos como el resultado de un proble-

ma de carácter, la prueba de la falta de talla moral entre los decadentes europeos. Sencillamente, no se le ocurrió, como tampoco a su presidente, que el que tanta gente disintiera de la política estadounidense pudiera deberse a que tuvieran una mayor comprensión de este gravísimo problema internacional.

Luego están los dos hazmerreíres del equipo cómico de Bush, Richard *El Mago* Perle y Kenneth *Pan Comido* Adelman. Ambos han sido destacados activistas de la política exterior de Estados Unidos desde la década de 1980, cuando actuaron como animadores de la desastrosa Operación Irán-Contra. Fue Perle quien predijo que Sadam Husein y sus secuaces se quedarían en la nada como por arte de magia. «El apoyo a Sadam, incluso dentro de su organización militar, se derrumbará al primer tufillo a pólvora», fue el pronóstico exacto de Perle. Adelman —a quien, adornado con una corbata con la bandera estadounidense, le gusta comparar favorablemente a George W. Bush con Winston Churchill en sus apariciones televisivas— fue uno de los que predijo que conquistar Irak sería como coser y cantar.

Más de un año antes de la invasión de Irak, en el momento en que las dificultades y riesgos de una operación militar tan complicada y peligrosa deberían haber sido debatidos seriamente por gente seria, el *Washington Post* prestó a Adelman las columnas de su editorial. «Creo que demoler el potencial militar de Husein y liberar a Irak será pan comido», escribió.

Incluso aquellos que coincidían con Adelman, lo consideraban un peso ligero en comparación con Rice (lo cual, de ser verdad, lo convertiría, intelectualmente hablando, en más liviano que el hidrógeno). Sin embargo, comparte con el propio George W. Bush —además de con Rice y Rumsfeld—, una capacidad que es muy valorada en el Washington de los titulares de informativos y de la retórica vacía de contraportada de periódico, que no es otra que la habilidad para reaccionar ante la prueba que rebate por completo sus afirmaciones, gritando: ¿Lo ves? ¡Si ya te lo decía yo! ¡Te dije que tenía razón, y esto lo demuestra!

Bush lanzó su invasión de Irak el 19 de marzo de 2003. Para cualquiera que fuera capaz de encender un televisor, a los pocos

días resultaba evidente que el gobierno de George W. Bush, tal y como escribió un militar estadounidense, había cometido un «grave error de cálculo estratégico» al no enviar los suficientes soldados. Era una invasión sin suficientes efectivos en el terreno para evitar el saqueo de Bagdad o incluso para dirigir el tráfico, pero lo peor no se hizo esperar. La oportuna huida de Sadam, junto con la búsqueda inútil de las armas de destrucción masiva, comprometería a decenas de miles de soldados estadounidenses desde el principio. Gracias a la resistencia de baja intensidad de acciones relámpago contra los estadounidenses, la fuerza de ocupación jamás sería capaz de pacificar el país. Para el día de los Inocentes [que en Estados Unidos se celebra el 1 de abril] resultaba palmario que los del coser y cantar se habían puesto a bailar en un lodazal. ¿Cuál fue la reacción de Adelman?

«¡Ahora lo sabemos!», se regocijaba el 10 de abril de 2003, después incluso de que Sadam se escabullera de las garras estadounidenses, y las fuerzas iraquíes se reagruparan para la inminente guerra de guerrillas contra la ocupación. ¿Qué es lo que sabíamos? «Siempre dije que sería pan comido», se regocijaba Adelman desde las páginas del *Washington Post* una vez más.

El vicepresidente Dick Cheney también puede descolgarse con algún dicho ingenioso memorable, aunque lo haga con bastante menos frecuencia. En realidad, la última vez fue en 1989; tuvo que ver con el historial militar del futuro vicepresidente o, más bien, con la inexistencia del mismo. Cheney se ha tirado su carrera en Washington promocionando guerras para que vayan a luchar otros. Sin embargo, al igual que Bush y prácticamente todos los asesores más próximos al presidente, con la excepción del secretario de Estado, Colin Powell, evitó combatir en la guerra de Vietnam. De hecho, Cheney, el halcón más encarnizado de la Administración Bush, no ha pasado del tirachinas en la defensa de su patria. Como Adelman y Perle; todos se escaquearon del reclutamiento.

¿Cómo consiguió ingeniárselas el vicepresidente, uno de los principales intrigantes de Washington, para librarse de cualquier clase de servicio militar? Cheney nunca ha contestado a esa pre-

gunta. Sin embargo, en una ocasión, allá en 1989, al ser presionado por el asunto de por qué él —al contrario que los tres millones de estadounidenses de su edad que fueron a Vietnam— jamás había luchado por su país, Cheney aprovechó la ocasión para demostrar que él también, si quería, podía ser gracioso: «En los sesenta tenía otras prioridades distintas a las militares», replicó, como si ser mutilado o morir en Vietnam hubiera constituido la prioridad de alguien.

Al igual que pasa con tantos cómicos, en el interior de George W. Bush parece borbolar constantemente, a menudo derramándose, una fuente de ira. Una especie de furia por no haber sido bien tratado del todo por la vida parece animar su visión del mundo. Aunque sea difícil de imaginar por qué una persona tan privilegiada como él habría de tener tales sentimientos, no se trata de un síndrome infrecuente. Muchos de nosotros hemos conocido al chico rico, al hijo de padre famoso que holgazanea cuanto quiere, se ríe de los empollones y bichos raros y luego, cuando consigue el pleno —las licenciaturas en las mejores universidades, la chica preciosa y el gran trabajo— sigue pensando que es una víctima.

Cualquiera que sea la razón para que su visión del mundo sea tan peculiarmente deficiente, de lo que no cabe ninguna duda es que Bush no es un idiota. Lejos de ser un «cretino», como sugirió sin acierto un funcionario del gobierno canadiense, es ingenioso y posee una mente política llena de recursos. Pensemos, por ejemplo, con qué habilidad utilizó la vileza de Sadam Husein para distraer la atención del hecho de que él mismo se hubiera «ausentado sin permiso» de la verdadera guerra contra el terrorismo. Hasta que distrajo la atención de sus errores en la lucha contra el terrorismo haciendo sonar los tambores de guerra de Irak, estaba empezando a ser evidente que en todos los frentes de la verdadera guerra contra el terror Bush era un perdedor. Incluso su mayor victoria —Afganistán— había resultado ser falsa. Osama, al contrario que Sadam, jamás fue capturado.

Librar una guerra de verdad contra el terrorismo habría exigido sabiduría, no sólo bombas inteligentes, y en Afganistán Bush ni siquiera lo intentó. Se había burlado de la «construcción nacional»

en los debates presidenciales de 2000. En ese momento, ni siquiera era un caso de «Dispara ahora y piensa después», sino de «Dispara ahora y empieza otra guerra, de manera que nunca tengamos que pensar.» ¿El resultado? En el mismo instante en que Bush cometía el desatino de castigarse con una guerra de guerrillas en Irak, Afganistán estaba siendo abandonada una vez más en manos de los caudillos, los productores de heroína y los forajidos políticos.

El problema con Bush no radica en su coeficiente intelectual, sino en su inteligencia emocional, además de con lo que Martin Luther King Jr. habría denominado «el contenido de su carácter». En la naturaleza del temperamento de Bush falta algo, y el temperamento, tal y como observó de manera memorable Oliver Wendell Holmes, resulta más esencial que la inteligencia para alcanzar la gloria como presidente. La mezquindad espiritual de Bush está en el meollo del misterio. ¿Por qué alguien con un pasado tan esplendoroso se rodea de almas oscuras? ¿Por qué ha convertido un mundo que quería ser su colega en uno que ve en él al más desagradable de los presidentes estadounidenses del que se tenga memoria viva, un presidente aun más censurable que Nixon? Él mismo afirma en ocasiones que los ataques del 11-S hicieron inevitable su enfoque agresivo, violento, hostil y victimista del mundo. Desde Pearl Harbor no había ocurrido nada igual, le gusta recordarnos. Se olvida de que después de Pearl Harbor, el presidente Franklin Roosevelt unió Estados Unidos y lo llenó de esperanza, y que se ganó el respeto y el amor del mundo tratando al mundo con amor y respeto.

Por el contrario, George W. Bush ha utilizado el 11-S para dividir y dividir y dividir. Ha convertido su responsabilidad constitucional de defender a Estados Unidos en el más controvertido de todo sus actos. En la presidencia de Bush, el 11-S es utilizado para disculparlo y justificarlo todo, pero no para explicar algo. George W. Bush —y todos aquellos cuyos consejos escoge seguir cuando toma decisiones de vida y muerte— consideraban al mundo y sus posibilidades con sombrío desprecio desde mucho antes del 11-S.

Ningún presidente reciente ha mantenido su yo más íntimo tan alejado del pueblo estadounidense, pero, también en el caso de

Bush, a veces se abren resquicios. Tal cosa ocurrió dos meses después de que anunciara que Estados Unidos se había «impuesto», justo antes de la festividad del 4 de julio. Los estadounidenses estaban viendo todas las noches por televisión morir a otros estadounidenses en Irak. Hay momentos en que Bush descubre que tiene alma —y éste fue uno de ellos—, y hay que ver lo sombría e insensible que resulta ser. La ventana del alma de Bush se abrió cuando le preguntaron por su reacción ante el goteo de estadounidenses muertos en Irak. La respuesta de George W. Bush sobresaltó incluso a algunos republicanos: estaba encantado con esas muertes, se deleitaba con ellas, le llenaban de júbilo. «¡Adelante con ellas!», desafió a los asesinos de estadounidenses.

A los pocos días, se descubrían los cuerpos en descomposición de dos soldados tirados en las afueras de Bagdad. El sargento Gladimir Philippe, de 37 años, era de Roselle, Nueva Jersey, y el soldado raso Kevin Ott, de 27, de Orient, Ohio.

Ott tenía una Harley-Davidson en Ohio. Philippe era hijo de unos inmigrantes haitianos que, representando su propia versión del sueño americano, habían prosperado en los suburbios. La familia de Ott —como suele ser frecuente en el entorno social de norteamericanos anglosajones—, pidió que se les permitiera sufrir en privado. «Por favor, no nos molesten en este momento y muchas gracias por respetar nuestros deseos», le dijo a un periodista la voz que contestó el teléfono de los Ott. En Nueva Jersey, el hermano pequeño de Philippe, Fedlyn, de 16 años, dijo: «Siempre me decía que no me hiciera militar. Me decía que jugara al baloncesto, que me mantuviera firme en mis creencias y que no me preocupara por las chicas, y que me esforzara en el colegio».

Philippe, el haitiano de exótico nombre al que le gustaba ir a jugar a los bolos cuando estaba libre de servicio, había muerto con Ott, el motorista de las afueras de Cleveland cuya familia supo cómo rechazar a la prensa. Gladimir Philippe y Kevin Ott murieron cuando estaban de guardia en una ciudad llamada Balad, situada a unos cuarenta kilómetros al norte de Bagdad. Sus cuerpos fueron encontrados desarmados; el Humvee fue recuperado antes que los cuerpos, en otra localidad.

Las muertes de Philippe y Ott fueron de las primeras cosas que demostraban de manera fehaciente lo que la Administración Bush ha negado reiteradamente: que la invasión de Irak se había basado desde el principio en unos cálculos fantásticos. Las inquietantes muertes de estadounidenses como Philippe y Ott, que ocurrían por doquier en Irak, no eran, como los funcionarios estadounidenses se obstinaban en asegurar, unos «incidentes aislados». Tales muertes eran las primeras bajas de una guerra que la fuerza de ocupación estadounidense habría estado incapacitada para librar incluso en el caso de que Bush y los que lo rodean hubieran tenido el valor de admitir la realidad, extraordinariamente sombría, que su arrogancia y torpeza habían creado para Estados Unidos en el Medio Oriente.

Gracias a la invasión de Bush, Estados Unidos se enfrentaba ahora a la perspectiva de librar una guerra imperial en la misma tierra que, en definitiva, redujera a cenizas a toda superpotencia que hubiera presumido alguna vez de enarbolar sus pendones a las sombras de Babilonia. Ingleses, franceses, otomanos, Gengis Kan, Alejandro Magno: todos habían llegado, visto y, al final, habían sido vencidos. Hasta qué nivel de falta de preparación la Norteamérica de George W. Bush iba a seguir los pasos de los «civilizadores» occidentales o de las hordas mongolas lo ilustraron las muertes del sargento Philippe y el soldado Ott. Desde un punto de vista histórico, se podría decir que sus muertes fueron inevitables, pero desde el realismo no fueron sino la consecuencia de lo que el derecho penal llamaría una negligencia constitutiva de delito. Si el gobierno de Estados Unidos, en primer lugar, hubiera escuchado las voces de la razón y no hubiera invadido Irak, nunca los habrían matado. Si la Administración Bush, una vez decidida a invadir Irak a cualquier precio, hubiera escuchado las voces de la razón a la hora de evaluar el coste, probablemente tampoco nunca los hubieran matado.

Pero George W. Bush había escogido ser un irresponsable a bajo precio. Así que, poco antes del 4 de julio de 2003, un tipo de Nueva Jersey y otro de Ohio se encontraron solos en un pueblo iraquí que, antes de que llegaran, había sido gobernado por Sadam

Husein durante más de veinte años. Algunos iraquíes se acercarían a ellos y los convencerían para que salieran de su vehículo. ¿Para investigar algo? ¿Para ayudar a alguien?

¿Cómo se los atrajo fuera del Humvee? ¿Por qué no dispararon para defenderse? Jamás lo sabremos. Como pasa siempre con las meteduras de pata de Bush, no había recursos y no habría investigación. Lo que sí sabemos es que si George W. Bush hubiera prestado atención a las estimaciones sobre las fuerzas del Pentágono, en lugar de decidir a través de gente como Rumsfeld, tal vez esos dos ciudadanos estadounidenses jamás se hubieran encontrado solos en un lugar tan peligroso.

¿Había una razón adicional para que muriesen? Alguien que conozca de verdad la guerra por experiencia propia podría especular que, quizás, un error esencial de apreciación provocó que Ott y Philippe malinterpretaran fatalmente la naturaleza del peligro al que se enfrentaban. Uno podría especular —y no dejaría de ser más que una especulación— que murieron porque, al igual que la mayoría de los estadounidenses, creyeron lo que su presidente les había contado de su invasión de Irak: que, siguiendo con el pan comido hasta Bagdad, una población iraquí enardecida y agradecida les daría la bienvenida como liberadores. Ni Bush ni nadie más, incluso hecha de la prensa libre de Estados Unidos, le había contado a la gente como las familias de Philippe y Ott la verdad, sin ambages ni adornos: «Tus seres queridos están siendo enviados a una aventura demencial. Que dios los ayude».

Todo era mentira. Todo había sido mentira siempre. Y no las mentiras concretas, por ejemplo, sobre las armas de destrucción masiva. La mentira fue todo el falso concepto manipulado y vuelto a manipular por Bush y su camarilla, con tal pericia, que habían convencido a la mayor parte de los estadounidenses —aunque a nadie más— de que la invasión de Irak era, si no absolutamente esencial para la autodefensa de Estados Unidos, sí, sin ninguna duda, algo plausible y deseable que había que hacer.

Ahora que la guerra de goteo estaba en marcha, era el momento de tejer nuevas mentiras; esta vez, sobre quién estaba matando estadounidenses en Irak y por qué. Además de los leales a

Sadam Husein y los «criminales comunes», un portavoz oficial, al ser preguntado por la desaparición de los dos soldados, declaró a Associated Press que los responsables del creciente peaje mortífero de estadounidenses eran «agitadores externos». Aquellas muertes en Irak tenían resonancias de la larga y trágica historia de Oriente Próximo, aunque esta última explicación oficial de por qué se estaban matando estadounidenses procedía directamente del propio pasado de Estados Unidos. Los funcionarios estadounidenses del llamado Sur Profundo también habían responsabilizado a los «agitadores externos» de las marchas por la libertad de la década de 1960, mientras dispersaban a los manifestantes con porras, perros de ataque y cañones de agua.

Fue en reacción a la desaparición de Philippe y Ott, y a una serie de muertes como las suyas, cuando Bush soltó su desafío: «Adelante con ellas». Una vez recuperados, los cuerpos de los dos soldados fueron enviados en avión desde Irak al depósito de cadáveres de la base que el Ejército del Aire norteamericano tiene cerca de Dover, Delaware. Así que la casualidad quiso que el mismo 4 de julio, mientras los dos cadáveres reposaban en una base aérea, George W. Bush perorara sobre los conspiradores en otra. A los norteamericanos, y también a los extranjeros, les gusta pensar en Estados Unidos como en un país nuevo, pero aquel era el duecentésimo vigésimo séptimo 4 de julio. Los estadounidenses llevan celebrando el 4 de julio desde hace ya casi un cuarto de milenio. Gracias a Bush, este «Glorioso Cuatro», como se le denomina a veces, fue distinto a cualquier otro precedente.

Lo que lo hizo diferente fue que por todo el mundo tanto la gente corriente como los dirigentes nacionales estaban preocupados por cuestiones que, hasta hacía poco, jamás se les hubiera ocurrido plantearse: ¿qué más podría hacer Estados Unidos para perturbar y poner en peligro al mundo? ¿Qué se iba a hacer acerca de la amenaza que representaba Estados Unidos? Era el primer 4 de julio en el que se podía decir con toda justicia que Estados Unidos, y no alguna potencia extranjera, era el país más peligroso de la tierra.

Formaba todo parte de la transformación de George W. Bush. Sin advertirlo realmente, todo un país —y no un país cual-

quiera— había sido arrastrado con la transformación experimentada por George W. Bush en la presidencia. Si se les hubiera preguntado, el 12 de septiembre de 2001 la mayor parte de la gente de cualquier lado habría dicho que Osama bin Laden era el hombre más peligroso del mundo. Pero el 4 de julio de 2003, la mayor parte de la gente de fuera de Estados Unidos habría dado una respuesta diferente, porque podían ver lo que para millones de estadounidenses seguía siendo invisible.

¿Había traicionado Bush la confianza de Estados Unidos o sólo se había aprovechado de la asombrosa indiferencia de la población de este país hacia las realidades del mundo? Fuera como fuese, George W. Bush había desplazado a bin Laden como centro de la ansiedad y los temores del planeta. Se había convertido en el hombre más peligroso del mundo.